
French Theory

*Foucault, Derrida, Deleuze
& Cía. y las mutaciones
de la vida intelectual
en Estados Unidos*

François Cusset

Introducción. El efecto Sokal

En las tres últimas décadas del siglo xx algunos nombres de pensadores franceses han adquirido en Estados Unidos un aura reservada hasta entonces a los héroes de la mitología estadounidense o a las estrellas del *show business*. Incluso podríamos jugar a calcar el mundo intelectual estadounidense sobre el universo del *Western* de Hollywood: estos pensadores franceses, a menudo marginados en su país de origen, obtendrían seguramente los papeles protagonistas. Jacques Derrida podría ser Clint Eastwood, por sus personajes de pionero solitario, su autoridad indiscutida y su melena de conquistador. Jean Baudrillard no estaría lejos de pasar por un Gregory Peck, con esa mezcla de bondad y sombría indiferencia, además de su común habilidad para aparecer donde menos se les espera. Jacques Lacan representaría a un Robert Mitchum irascible, en razón de su común inclinación por el gesto criminal y su incorregible ironía. Gilles Deleuze y Félix Guattari, más que los *Spaghetti Westerns* de Terence Hill y Bud Spencer, evocarían al dúo hirsuto, exhausto pero sublime, de Paul Newman y Robert Redford en *Dos hombres y un destino*. Y sobrarían motivos para ver en Michel Foucault a un Steve McQueen imprevisible, por su conocimiento de la cárcel, su risa inquietante y su independencia de francotirador, figurando a la cabeza de tamaño reparto como el favorito del público. Tampoco habría que olvidar a Jean-François Lyotard como Jack Palance, por su alma burilada, a Louis Althusser como James Stewart, por su silueta melancólica y, con respecto a las mujeres, a Julia Kristeva como Meryl Streep, madre coraje o hermana de exilio, y a Hélène Cixous como Faye Dunaway, feminidad exenta de todo modelo. Un *Western* improbable, en el que los decorados se transformarían en personajes, la astucia de los Indios les daría la victoria, y a donde jamás llegaría la sudorosa caballería.

Y es que, efectivamente, desde la música electrónica hasta las comu-

nidades de internautas, desde el arte conceptual hasta el cine para todos los públicos y, sobre todo, desde el ruedo universitario hasta el debate político, estos autores franceses alcanzaron en Estados Unidos a comienzos de los años ochenta un nivel de notoriedad oficial y de influencia subterránea al que nunca habían tenido acceso en su país. Aun sin ser los de los ídolos de la pantalla grande, sus nombres se han visto igualmente recodificados, gradualmente americanizados, ampliamente des-*afrancesados*; son nombres que se han vuelto ineludibles en Estados Unidos sin que el país de donde provienen haya podido medir la amplitud del fenómeno. Salvo en un otoño reciente, en ocasión de una controversia de temporada.

A comienzos de octubre de 1997, los focos de los medios de comunicación mundiales apuntan decididamente a Francia. Pocas semanas antes, una adúlada princesa moría en un accidente automovilístico. Pocos meses después se disputaría, tras una debida preparación, el último mundial de fútbol del siglo. Mientras tanto, uno de esos debates de ideas que dividen normalmente a los editorialistas ocupa esta vez con insistencia la primera plana de los periódicos, trazando en el centro del ruedo mediático-intelectual una línea divisoria inestable, algo obsoleta, cuyos términos estaban casi olvidados. El motivo es un libro, *Impostures intellectuelles* (*Imposturas intelectuales*), publicado por la editorial Odile Jacob y firmado por dos físicos, el estadounidense Alan Sokal y el belga Jean Bricmont.¹ Los autores desmenuzan lo que llaman la «jerga» y la «charlatanería», la «verdadera intoxicación verbal» y el «desprecio por los hechos y la lógica», por parte de una corriente intelectual que presentan «para simplificar» como la «postmodernidad». Ésta se caracteriza por «el rechazo más o menos explícito de la tradición racionalista de la Ilustración», así como por «un relativismo cognitivo y cultural que trata las ciencias como “narraciones” o construcciones sociales». Sus inspiradores, sobre todo franceses, son «Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Félix Guattari, Luce Irigaray, Jacques Lacan, Bruno Latour, Jean-François Lyotard, Michel Serres y Paul Virilio»,² a los que se sumarán, con el correr de las páginas, los nombres de Jean Baudrillard, Julia Kristeva y Michel Foucault. Sokal y Bricmont denuncian «la ausencia manifiesta de *pertinencia* de la terminología científica» que en su momento han podido emplear dichos autores, y que les conduciría no sólo a «confusiones intelectuales» sino al «irracionalismo y [al] nihilismo». Pretenden pues, por medio de un paréntesis cerrado, tal vez, con precipitación, «defen-

der los cánones de la racionalidad y de la honestidad intelectual que son (*o deberían ser*) comunes a las ciencias exactas y a las ciencias humanas». ³ Seguros de sí, desean mostrar, según una fórmula recurrente, que «el rey está desnudo»: ya se trate de la «nueva religión» de la matemática lacaniana o del «hiperespacio de refracción múltiple» de Baudrillard, Sokal y Bricmont consideran sencillamente que «si [dichos autores] parecen incomprensibles, es por la simple razón de que no quieren decir nada». ⁴

Los prescriptores y los periódicos dominantes responden cerrando filas. En *Le Monde*, Marion Van Renterghem estigmatiza el «viejo estribillo» de tal «operación científicista», seguida por Julia Kristeva, según la cual esa «empresa intelectual antifrancesa» delataría la «francofobia» suscitada en Estados Unidos por el «aura» de los pensadores incriminados. ⁵ Roger-Pol Droit se burla, a continuación, de lo «científicamente correcto», mientras que Robert Maggiori, en *Libération*, prefiere aludir a los surrealistas, diciendo que pronto van a preguntar «si es científicamente legítimo decir que la Tierra es azul como una naranja». ⁶ Por su parte, Jean-François Kahn desacredita simultáneamente la «altanería científicista» y una «verbosidad intelectualista que disimula tras una jerga científica un vacío absoluto», exigiendo a «la ideología previa y posterior a mayo del 68» (período en el que ubica a los pensadores en cuestión) que acepte «iniciar [un] examen de conciencia». ⁷ Mientras Jean-Marie Rouart alaba esa «revigorizante corriente de aire fresco» contra la «retórica de la verbosidad», ⁸ Angelo Rinaldi se mofa con su verba habitual de esos «médicos de Molière», como llama a nuestros tan envidiados pensadores, «sorprendidos [aquí] en flagrante delito de hurto». ⁹ En cuanto a Jean-François Revel, derrama una hiel menos habitual para atacar, con más virulencia de lo que Sokal y Bricmont hubieran podido imaginar, la «arrogancia postmoderna» revelada por esa «sarta de sandeces de la *French Theory*», la de «reaccionarios [que han] erigido el fraude en sistema»: borrar, como Revel acusa a Derrida o a Deleuze de hacerlo, las diferencias «entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal» equivaldría ni más ni menos que a «volver a caer en las concepciones nazis... y dar la espalda a todas las conquistas de la verdadera izquierda desde hace un siglo», ¹⁰ o sea la misma rabia que hace que un tal Jean-Jacques Salomon, en *Le Monde*, compare poco después las tesis de Bruno Latour con las de Mussolini. El tono de *Le Nouvel Observateur* es más moderado. Allí cada uno aprovecha el «caso» para tomar una posición, para defender a su clan: Pascal Bruckner elogia el ensayismo a la francesa, tal y como se encarnaría en Baudrillard, contra los «habladores en jergonza del estructuralismo», mientras que Didier Éribon, prefi-

riendo a Foucault y no a algunos de sus émulos, llama a no confundir el «construccionismo» heredado de estos pensamientos con su deriva «irracionalista».¹¹ En medio del tumulto, pasan desapercibidos dos tipos de precisiones. Con el tono satírico que lo caracteriza, el *Canard enchaîné* sugiere que los autores criticados por Sokal y Bricmont serían en Estados Unidos «el equivalente en filosofía de los Post-it en papelería: parece que se pegan por todas partes»,¹² alusión poco habitual a toda una maquinaria estadounidense de la cita en boga y del cruce de textos. Casi tan anodinas, pero mucho más significativas, son las confesiones esporádicas de que las obras en cuestión estarían muertas y enterradas en Francia. *Marianne* anuncia que «se han acabado los grandes debates de postguerra (*sic*)»,¹³ mientras que *Le Monde* se pregunta «por qué entonces publicar en Francia ... un libro que condena derivas filosóficas que ya no tienen cabida».¹⁴

Más que los aciertos en Estados Unidos de cierto pensamiento francés, relatados esporádicamente por nuestras revistas bajo el reductor título de «*Intelectualidad francesa [como] producto exportable*»,¹⁵ lo que revela de pronto la polémica es un doble desfase franco-estadounidense. El primero es un desfase de historia intelectual, según el cual las batallas teóricas francesas de los años setenta, saldadas mucho tiempo atrás en Francia (en nombre del nuevo «humanismo antitotalitario» que resultó vencedor) siguen entusiasmando hoy, y desde hace más de veinte años, a las universidades estadounidenses. Como consecuencia del primero, surge entonces otro desfase, esta vez entre dos campos del saber, que explica por qué tantos observadores franceses han interpretado erróneamente el camino de Sokal y Bricmont, a través del viejo prisma transatlántico, como declaración de guerra a nuestros grandes pensadores, siendo incapaces de ver allí los debates intelectuales estadounidenses de los veinte últimos años: y es que el ataque de Sokal y Bricmont, en última instancia, estaba menos dirigido a los pensadores franceses que a los universitarios estadounidenses quienes, basándose en sus teorías, habrían favorecido en la universidad, según ellos, una doble «regresión» comunitarista y relativista, como lo analiza el canadiense Michel Pierssens.¹⁶ Detrás del «caso» se perfilan, pues, términos de los que los lectores franceses apenas si han recibido, en el mejor de los casos, ecos indirectos o superficiales, y propuestas que no podrían descifrar en toda su amplitud: *Cultural Studies*, construccionismo, posthumanismo, multiculturalismo, querella del canon, deconstrucción, «políticamente correcto». Estas palabras, más allá de sus resonancias falsamente familiares, tienen que ver con los cambios que han conmocionado, en los

últimos treinta años, no sólo el campo de las ciencias humanas sino toda la universidad estadounidense. Más aún, remiten a la articulación problemática que se ha ido instalando poco a poco, crisis y polémicas mediante, entre el campo intelectual y el ruedo político, entre discurso y subversión, pero también entre nación e identidades. De tal evolución dependen hoy, para bien o para mal, las líneas de fuerza del debate intelectual mundial; y ésta explica, en contrapartida, tanto el nuevo orden imperialista y neoconservador del período posterior al 11 de septiembre de 2001, como la impotencia para oponerse a dicho orden de una fuerza de izquierda transversal. Es ése el desafío de esta curiosa categoría de *French Theory* y, por consiguiente, el de este libro: explorar la genealogía, política e intelectual, así como los efectos, hasta nuestro medio y hasta hoy, de un malentendido creador entre textos franceses y lectores estadounidenses, un malentendido propiamente estructural, en el sentido de que no remite a una mala interpretación, sino a las diferencias de organización interna entre el campo intelectual francés y el estadounidense. Por ello evitaremos juzgarlo con la vara de una «verdad» de los textos, prefiriendo a esta sospechosa noción la fecundidad de los *quid pro quos* y las sorpresas de la lectura sesgada, o lo que en un contexto cultural totalmente diferente los japoneses rotulan como «belleza del uso» (*Yoo-no-bi*). Pero para comprender estas divergencias de campos y su papel creativo, primero es preciso recordar que antes del caso Sokal, y matizando más claramente sus posturas políticas estadounidenses, había tenido lugar —con una repercusión menor en Francia— la «broma» del mismo nombre.

En efecto, en 1996 el mismo Alan Sokal había presentado al comité editorial de *Social Text*, la célebre revista de los «*Cultural Studies*»,¹⁷ un largo artículo titulado «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica». Florilegio de fórmulas pseudocientíficas y de citas reales de autores (siempre principalmente franceses, como Derrida o Kristeva) a quienes sitúa en la «postmodernidad», el artículo es una parodia sobre el cuestionamiento de la realidad física y los postulados de la ciencia. Pero una parodia que se oculta tras un argumento de autoridad, una parodia especialmente perturbadora ya que se basa en autores y conceptos cuyo prestigio en Estados Unidos viene de antiguo y porque la revista, incapaz de identificar las antifrasis científicas que abundan en el artículo de Sokal, lo acepta inmediatamente para su publicación en su número especial sobre «la guerra de las ciencias».¹⁸ Para demostrar los presuntos estragos del «relativismo cognitivo» heredado de la «teoría francesa», Sokal fuerza los paralelismos y

sitúa en un mismo plano la «igualdad» en la teoría de conjuntos y en el feminismo radical, el «desplazamiento» en el inconsciente lacaniano y en la física cuántica, e incluso la «relatividad general» en Einstein y en Derrida, sin que los lectores de *Social Text* y, en primer lugar, su director Andrew Ross, hayan encontrado nada que objetar. Un mes después de la publicación del artículo, Sokal revelaba la broma en la revista *Lingua Franca*: su texto era sólo un pastiche destinado a descubrir *in fraganti* «la arrogancia intelectual de la Teoría —de la teoría *literaria* postmoderna, se entiende», y a desenmascarar una «idiotéz que se autoproclama de izquierdas».¹⁹ La polémica pronto invadió la prensa generalista, en un país donde no es frecuente que ésta dé cuenta de los debates intelectuales, y menos aún de las querellas universitarias. *The New York Times* le consagró un artículo en primera plana, dando curiosamente como ejemplos de la jerga postmoderna aludida por Sokal «palabras como *hegemonía* y *epistemológico*»,²⁰ seguido por un enjambre de artículos de resabios populistas y violentamente anti-intelectualistas, desde el *Boston Globe* hasta *Los Angeles Times*, que atacaron a su vez la «verborragia» y el «relativismo» de una «falsa izquierda» universitaria «anegada» en referencias francesas.²¹ Tabloides más conservadores, a semejanza del *New York Post*, echaron las culpas a las modas «afrocentrista» y feminista, las cuales estarían pervirtiendo a los estudiantes, haciéndoles perder «los valiosos años del primer ciclo».²²

Dos aspectos específicamente estadounidenses de este *efecto* Sokal son particularmente reveladores. Por una parte, las reacciones de los universitarios estadounidenses aludidos fueron escasas, como si les molestara la traducción de dicho debate a la lengua vulgar de la prensa generalista; una excepción es la provocadora intervención del célebre teórico literario Stanley Fish quien compara, en *The New York Times*, «las leyes de la ciencia» con «las reglas del baseball».²³ Por otra, intelectuales y revistas marxistas dieron muestra de una particular virulencia, defendiendo el pedigrí político de Sokal al recordar que había enseñado matemáticas en Nicaragua bajo el régimen sandinista, así como negando a los representantes de los *Cultural Studies* o de la deconstrucción el derecho a identificarse con la extrema izquierda (*leftists*); etiqueta que, no obstante, les endosaba la derecha mucho más de lo que la reivindicaban ellos mismos. Desde Brasil hasta Italia y desde Japón hasta las columnas de *Le Monde*, la gran prensa mundial pronto se hizo eco del caso. En la mayoría de los casos denunció el «cientificismo» de Sokal, aun criticando los excesos de una «camarilla» académica cuyos equivalentes locales son conocidos en casi todos estos países —a excepción de Francia—, por haber importado

los *Cultural Studies* o el «construccionismo» estadounidenses. Bruno Latour, en una parábola que se ha vuelto célebre, evocó por su parte la visión sokaliana de Francia como «otra Colombia», con sus «dealers de drogas duras» («derridio y lacanio») que amenazaban a los universitarios estadounidenses con una dependencia peor que la de la cocaína, hasta hacerles olvidar los «goces» de la vida del campus y la «dosis cotidiana de filosofía analítica» que con anterioridad ingerían.²⁴

Por consiguiente, lo que para muchos fue en Francia un descubrimiento —el de esta impregnación del entramado intelectual estadounidense por los autores franceses, pero también el de la batalla por el monopolio simbólico del término «izquierda»— sólo había sido un año antes en Estados Unidos un nuevo episodio, apenas algo mejor descrito por los medios, del conflicto que enfrentaba desde hacía un cuarto de siglo a los «humanistas» con los «maestros de la sospecha», o a los «conservadores» con los «multiculturalistas», en la universidad y en ciertos sectores de la sociedad estadounidense. Un epifenómeno, en una palabra, en relación con una polaridad ideológica completamente integrada a los usos intelectuales estadounidenses, pero ausente de la escena francesa. Hacer la genealogía de esta polaridad exige pasar revista a ciertos modos de lectura estadounidenses de los autores franceses en cuestión que han permitido descontextualizarlos, apropiárselos, hacerles desempeñar un papel a menudo crucial en los debates sociales y políticos en Estados Unidos. Así se podrá intentar comprender por medio de qué operaciones de selección y de marcación, en los términos de Bourdieu,²⁵ algunos universitarios estadounidenses —no sin cierto interés arribista— han podido extraer de sus trabajos las nuevas consignas de los años ochenta. Y ello con el fin de movilizar a sus tropas: infantería de lectores listos para lanzarse contra el enemigo, el «texto» como producto de un «autor» y encubridor de un «sentido», la falsa neutralidad de una Razón «imperialista», el «universalismo» como arma de Occidente, o incluso los «corpus canónicos» como forma de colonialismo literario. Estas consignas marcaron el compás de la radicalización política de los discursos universitarios, proceso en el que los autores franceses, según los que pudieron ser testigos, no se reconocían realmente. Se necesitaron pues varias operaciones para producir, a partir de los textos franceses, un nuevo discurso político. La primera de ellas, una de las más difíciles de aprehender empíricamente, es la que permite ir reuniendo poco a poco en una misma entidad homogénea —verdadero corpus naturalizado, operador de connivencia entre sus usuarios— la variedad de los autores concernidos. Sólo queda dar al *package* final el nombre de «*French The-*

ory», conforme al apelativo surgido en la segunda mitad de los años setenta, «postestructuralismo» en términos de historia intelectual²⁶ o, incluso, «postmodernidad francesa», según la expresión que prefieren emplear sus detractores. Por otra parte, resulta interesante precisar que, en Francia, el culto efímero a los «grandes sacerdotes de la universidad francesa»²⁷ (demasiado cercanos, en cierto sentido, como para ser reunidos bajo una misma rúbrica) y, luego, su rápido eclipse impidieron que se los abarcara en una única categoría. Sólo una actitud de rechazo, o de oposición frontal, permitió que se les atribuyera un sello unificador, ya se trate de la famosa «hermenéutica de la sospecha» según Paul Ricoeur al comienzo de *Freud and philosophy*, o del mito de un «pensamiento del 68», homogéneo y localizable, popularizado de un modo más polémico por Luc Ferry y Alain Renaut, quienes alinearon bajo este término a los autores en cuestión denunciando su «antihumanismo» e «irracionalismo», pese a que los militantes de mayo se referían mucho más a Marcuse, a Henri Lefebvre o incluso a Guy Debord que a Deleuze, Foucault o Derrida.²⁸